ROBERT FRANCHEVILLE

¡¡La puerta se abre!!

Drama en dos actos

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1915

¡¡LA PUERTA SE ABRE!!

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45. — BARCELONA

GRAND GUIGNOL

¡¡La puerta se abre!!

DRAMA EN DOS ACTOS

original de

Robert Francheville

arreglado al castellano por

ENRIQUE ARROYO Y CARLOS DOTESIO

Estrenado en el Coliseo Imperial, de Madrid, el 14 Junio de 1915



BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»
21 — Calle de San Pablo — 21
1915

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
NORA.	Srta. *Delgado Caro.*
FANNY	» *Gil López.*
DANIEL	Sr. *Rodríguez de la Vega.*
KUANSS.	» *Calvera.*
HERMANN	» *Aguado.*

La acción, en Kylhborg, en la costa del Sund (Suecia). Época actual. Las indicaciones, del lado del espectador.

Los pasajes señalados con asteriscos no son indispensables para la representación de la obra, y podrán suprimirse, como se hizo en el Coliseo Imperial, de Madrid.



ACTO PRIMERO

Gabinete de trabajo del doctor Worke, en una antigua mansión escandinava. A la derecha, primer término, una estufa grande; segundo término, una puerta. A la izquierda, primer término, un secreter; en segundo término, una gran puerta de cristales de ángulo de izquierda al fondo. Conduce al jardín. Cerca de esta puerta, y frente al espectador, una mesa con papeles y libros. Junto a la estufa, una «chaise-longue». El foro, a mitad del fondo del escenario. En el foro, centro, entre una vitrina llena de instrumental de cirujía y una pequeña biblioteca, una puerta de una sola hoja, que al abrirse deja ver un elegante dormitorio, con un «psyché» (espejo con caballete, que estará en lugar visible para el espectador. Esta puerta y el marco deberán ser de madera maciza, para que el efecto sea mayor en el acto segundo. Cuadros antiguos y panoplias de armas. Sobre la biblioteca, un cráneo y un reloj, que señalará las ocho y media. La arquitectura y mobiliario de la estancia han de tener cierto aspecto de antiguo y tétrico.

ESCENA PRIMERA

DANIEL WORKE y luego HERMANN. Al levantarse el telón, Daniel, febrilmente, cuenta unos billetes de banco ante el secreter, que estará abierto.

DANIEL ¡Catorce, quince, diez y seis, diez y siete, diez y ocho... ! ¡Diez y ocho mil coronas! Tenemos lo suficiente para marcharnos! (Llaman a la puerta. Se estremece.) ¡Un mo-

mento! (Introduce apresuradamente los billetes en su cartera, cierra el secreter y se guarda la llave.) ¡Adelante!

HERMANN (Entrando.) Señor doctor: es la vieja Westergoth...

DANIEL ¿Qué quiere esa buena mujer?

HERMANN Desea saber si cree usted preciso el operar a su hija esta tarde.

DANIEL Claro que sí. Pero, ¿por qué?

HERMANN Porque el domingo es la fiesta de Silverdrup...

DANIEL No veo la consecuencia.

HERMANN Dice que si la opera usted hoy, viernes, no podrá acudir el domingo a la taberna de Pétersen, en el puerto, donde la suelen llamar para servir a los parroquianos.

DANIEL ¿Y qué más?

HERMANN ¿Más? Pues..., que la vieja Westergoth dice que esto la haría perder dos coronas y media.

DANIEL ¡Peor para ella!

HERMANN Y le pide a usted que aplace la operación hasta el lunes.

DANIEL No es muy conveniente retardarla más. La muchacha está ya en condiciones de operarla. Además, salgo para Copenhague mañana por la noche, y será fácil que el lunes no haya regresado todavía.

HERMANN ¡Hum!... La vieja Westergoth aguardaría aunque fuese hasta el martes.

DANIEL No. Dígale usted que me esperen hoy a las cuatro.

HERMANN Bien, señor. (Medio mutis.)

DANIEL ¿No han traído el correo, esta mañana?

HERMANN No ha habido ninguna carta; pero mientras salió usted para visitar al burgomaestre, llegó el espejo grande... Ya sabe usted..., el que la señora encargó a Copenhague. Lo desembalamos en seguida. Es un espejo magnífico. ¡Si hubiese visto qué contenta se puso la señora!... (Señalando la puerta del foro.) Ya está colocado

en su habitación. Resulta muy útil para vestirse. Puede uno verse de pies a cabeza.

DANIEL ¡Sí, ya sé! (Impaciente.)

HERMANN Y, además, alegra la habitación. Se encuentra uno menos solo... (Pausa.) Debió usted haber comprado otro para su habitación... Como duerme usted separado de la señora...

DANIEL (Molesto.) ¡Ya supondrás que no necesito que me aconsejes!

HERMANN ¡Ni yo me atrevería, señor doctor! Usted ha estudiado en París, y yo no soy más que un viejo lugareño... Pero esto no impide que en Suecia ocurra como en otras partes. Cuando uno es joven y la mujer también, no piensan en separarse el uno del otro.

DANIEL ¡Vamos, Hermann! ¿Acabarás de charlar?

HERMANN Digo la verdad. No vale la pena de casarse si uno debe vivir dándose la espalda. ¡Sí, señor, sí! (Haciendo mutis por la derecha y murmurando.) ¡Ya digo yo que...!

ESCENA II

DANIEL solo; luego, FANNY.

DANIEL (Por Hermann.) ¡Uf! Veamos ahora el horario de los vapores. (Toma un indicador y se sienta a la mesa.) Kylhborg-Copenhague, 5'50... Salida a las ocho noche... Hamburgo, ocho cuarenta y dos mañana. Brenner... Colonia, siete veintiocho... (Fanny entra por el fondo, dejando la puerta abierta, viéndose un dormitorio elegante con el «psyché» (espejo). Daniel, sin volverse, toma un libro de la mesa y lo abre, cubriendo así el indicador de vapores. No se mueve, fingiendo estar absorbido en su lectura. Pausa. Fanny se acerca a él. Es rubia y viste un traje hechura sastre, de campo. Lleva el sombrero en la mano.)

FANNY (Tímidamente.) Buenos días... ¿Te molesto?
DANIEL (Secamente.) No. ¿Qué quieres?
FANNY Nada..., venía a darte los buenos días.
DANIEL (Id.) ¡Ah! Buenos días...
FANNY Buenos días, Daniel. (Se inclina en vano, para darle un beso. Daniel no vuelve la cabeza. Fanny suspira y se dirige a su habitación a ponerse el sombrero ante el «psyché».)
FANNY (Desde la habitación.) ¿Ya sabes que mi «psyché» llegó esta mañana?
DANIEL (Impasible.) Sí, lo sé.
FANNY ¡Fíjate qué limpidez la de este cristal!
DANIEL Sí..., sí... (Volviéndose.) ¿Vas a salir?
FANNY (Bajando hacia el proscenio.) Sí, voy a pasear a orillas del «fiord» de Lindstrom, a coger algunas flores y a disfrutar del «último sol» del año... ¿No te gustaría?...
DANIEL No.
FANNY (Tristemente.) (¡Es porque voy yo!)
DANIEL Desde que murió mi colega el doctor Kershult soy el único médico de Kyhlborg, y no dispongo de tiempo para pasearme. ¡Que lo disfrutes, Fanny!...
FANNY Gracias.
DANIEL ¡Ah! Y de paso pregunta al embarcadero a qué hora sale vapor. Creo que el indicador está equivocado.
FANNY ¿Vas a hacer un viaje?
DANIEL Necesito ir a Copenhague para comprar unos instrumentos que me faltan.
FANNY (Humildemente.) Si no te molestase..., me gustaría ir contigo.
DANIEL ¿A dónde? ¿A Copenhague?
FANNY Sí... La estación avanza; dentro de ocho días estará todo cubierto de nieve. Yo también tengo mis compras por hacer.
DANIEL (Malhumorado.) Bueno..., sí..., si te empeñas... (Va a llamar.)
FANNY (Después de haberle observado.) ¡No..., dejémoslo...! (Se abrocha los guantes. Hermann entra por la derecha, con una tarjeta en una bandeja.)

ESCENA III

Dichos y HERMANN.

DANIEL (A Hermann.) Toma el estuche de cirujía número 3 y llévalo inmediatamente a casa de la vieja Westergoth.

HERMANN Está bien, señor.

DANIEL ¿Qué? ¿Espera alguien en la consulta?

HERMANN (Presentándole la tarjeta.) Sí, la señora viuda Johanson, la hija del brujo.

FANNY (Con desesperación.) (¡ Siempre esa mujer !)

DANIEL ¡ Hermann ! Te prohibo usar esa expresión. El señor Kuanss no es un brujo...

HERMANN ¿No, eh? Un hombre que hace bailar las mesas y habla de noche con los fantasmas...

DANIEL ¡ Eres un viejo ignorante ! ¡ Cállate !

HERMANN Bueno, pues la señora viuda de Johanson..., la hija del señor Kuanss.

DANIEL Una amiga de la infancia y una buena cliente. (A Hermann.) Que pase. (Hermann sale. Pausa.)

FANNY (Nerviosa, abrochándose los guantes.) Por lo visto esa viudita tiene necesidad de consultarte con frecuencia...

DANIEL Mejor. No debemos quejarnos por ello.

FANNY Pues parece gozar de muy buena salud.

DANIEL Está muy enferma.

FANNY (Agresiva.) ¿Qué es lo que tiene?

DANIEL (Molesto.) ¡ No sé !

FANNY (En un arranque de rebelión.) ¡ Yo sí lo sé !

DANIEL (Sobresaltado.) ¡ Eh !

FANNY (Volviendo a su humildad y en tono de súplica.) ¡ Daniel ! ¡ Tú no me quieres ! ¿ Por qué no me quieres...? ¡ Dí ! (Daniel hace un gesto de impaciencia. Entra Nora Johanson, acompañada por Hermann. Se detiene en el dintel de la puerta.)

ESCENA IV

DANIEL, FANNY y NORA.

DANIEL Pase usted, Nora.

NORA (Entrando.) Buenos días, querido doctor.

FANNY (A Nora, esforzándose por parecer amable.) Buenos días. ¿Cómo está usted?

NORA (Maquinalmente.) Muy bien, gracias.

FANNY (Con rabia.) (¡ Dice que está muy bien... !)

DANIEL (A Nora.) Conque... ¿qué tal? ¿cómo se encuentra?...

NORA Doctor..., yo...

DANIEL Veamos. (Volviéndose a Fanny para que se marche.) Fanny, perdona..., pero...

FANNY (Con dignidad.) ¡ Ya iba a retirarme !...

DANIEL No quise decir...

FANNY (Saludando fríamente a Nora.) Señora... (Sale por la puerta de cristales. Sin moverse de su sitio, Daniel y Nora la ven alejarse. Oyese cerrar la puerta del jardín y la campanilla de la misma. Daniel va a asegurarse de que Fanny se ha marchado efectivamente.)

ESCENA V

DANIEL y NORA. Abrázanse en silencio, apasionadamente. Pequeña pausa.

DANIEL (Con brevedad.) He examinado el horario. El rápido sale de Copenhague a las ocho de la noche.

NORA Entonces... ¿será mañana?

DANIEL Sí, pero no olvides de que tú sales hoy de aquí, en el vapor de las cuatro.. , para que no nos vean juntos.

NORA. Saldré a las cuatro.

DANIEL Yo iré mañana a tomar el vapor en la escala de Fagerlund, a las seis. A esa hora es ya de noche. Nos encontraremos en la estación de Copenhague... Vale más que comamos separadamente.

NORA — Tienes razón.

DANIEL — ¿Estás dispuesta?

NORA — Sí.

DANIEL — ¿Y tu padre? ¿No sospechará?

NORA — No. ¡Pobre!... Cada día está más absorbido con las mesas que giran y con sus evocaciones de ultratumba. Desde que mi madre murió, cualquiera diría que la ha acompañado hacia el más allá. Ya no se ocupa de la vida.

DANIEL — Entonces ocupémonos de la nuestra. ¡Nora! ¿Estás contenta?

NORA — ¡Ay, no sé! Mi corazón se halla como anegado entre la felicidad y el temor. Lo que vamos a hacer me asusta.

DANIEL — Es la única solución posible.

NORA — Sí, pero es atroz.

DANIEL — Aun podemos desecharla. Pero es preciso que tú...

NORA — ¿Sea tu amante?... ¿Aquí? ¡No, Daniel! Bien sabes que no puede ser. ¡Un amor como el nuestro sería imposible que permaneciese secreto en un pueblo de quinientos habitantes, donde nos hemos criado, donde han vivido nuestros padres, donde todo el mundo nos conoce! No, no. Aquí hay muchas miradas que acechan, muchos oídos que escuchan y muchas lenguas que murmuran.

DANIEL — Entonces tengo razón. Vale más marcharse.

NORA — ¡Sea!... Yo soy libre..., pero ¿y tú? Tú tienes deberes que cumplir... ¿Has reflexionado bien?

DANIEL — ¡Qué me importa! Sólo sé una cosa: que te quiero! ¡Que te quiero para mí solo! ¡Y eso me basta!

NORA — No basta que me quieras con tus sentidos, Daniel; es preciso que me ames con el corazón. ¿Estás seguro de amarme lo suficiente para no lamentar jamás, *suceda*

lo que sucediere, la acción que cometes, y olvidarte del hogar que abandonas?

DANIEL — No me lamentaré de nada ni me acordaré de nadie.

NORA — Sin embargo, tienes una esposa que...

DANIEL — (Tapándole la boca.) ¡ Calla ! No quiero que me hables de ella. A ti sólo dediqué mis ensueños de niño, y todo el fervor de mi juventud... ¡ Tú sola eres mi mujer ! Oyelo bien, mi verdadera mujer, a despecho de la ley y de las conveniencias sociales... ¡ Y por eso experimento en mí una sensación de estupor, de angustia y rebelión cuando pienso que esta casa no es la tuya !...

NORA — (Con melancolía.) Sí..., ¡ vieja mansión familiar tan llena de recuerdos para nosotros ! ¡ Ah, Daniel ! Qué hemos hecho, o, mejor dicho, ¿qué han hecho de nuestras vidas?

DANIEL — Y tan fácil como hubiera sido alcanzar la felicidad... La ambición de nuestros padres nos hizo desgraciados. Quisieron que yo fuese un sabio... a la moderna, y tú una gran dama... Los míos me enviaron a París para estudiar cirujía, y durante mi ausencia los tuyos te casaron con otro... La historia es vulgar.

NORA — ¡ Pero hemos sufrido mucho !

DANIEL — (Con dulzura.) ¡ Nora ! ¿Por qué no me esperaste?

NORA — (En el mismo tono.) ¿Por qué te fuiste, Daniel?... Marchaste solo..., volvisteis dos.

DANIEL — Sí. Al saber que estabas perdida para mí probé de curar aquella herida..., y por despecho, por debilidad, me casé a ciegas, con la primera que encontré. Hasta aquí, la historia sigue siendo vulgar, pero ahora es cuando empieza a ser cruel. A mi vuelta, al establecerme aquí, en el país natal, vuelvo a encontrarte, como en tiempos pasados, en la casa de tu padre... ; tu marido ha muerto..., vuelves a ser libre...,

mientras que yo sigo sujeto, encadenado a esa mujer que tomé sin amor y que odio ahora ! Sí, ¡ que odio, porque te usurpa en mi casa el sitio que te corresponde !...

NORA ¡ Desgraciada... !

DANIEL (Con exaltación creciente.) ¿ Comprendes, Nora? ¡ Es para enloquecer ! ¡ Ella se interpone entre nosotros ! ¡ Nada más que ella ! ¡ Ella es el único obstáculo que subsiste ! ¿ No pasaremos por encima de ese obstáculo?

NORA Fanny te quiere...

DANIEL Peor para ella. ¿Qué? ¿ Es nuestra la culpa de que las farsas de la vida nos hayan separado? ¡ Fué una equivocación, y ahora tenemos el derecho..., y quizás el deber, de repararla !

NORA (Reflexiva.) ¡ Pero lo que vamos a hacer es espantoso !

DANIEL (Con voz sorda.) ¡ Calla ! ¡ Calla ! No hay que reflexionar ! ¡ Nora ! Démonos las manos y avancemos sin volver la mirada hacia atrás. Seamos cínicos para alcanzar nuestra felicidad, *cueste lo que cueste* !

NORA (Convencida.) ¡ Sí, sí ! ¡ Daniel ! ¡ Soy tuya ! ¡ Te seguiré ! (Se oye llamar a la puerta de la derecha.)

ESCENA VI

Dichos y HERMANN. Daniel abre la puerta, apareciendo Hermann.

DANIEL ¿Qué hay, Hermann?

HERMANN Hay... que el señor Kuanss está aquí.

NORA (A sí misma.) ¿ Mi padre?

HERMANN Y quiere hablar con usted en seguida.

DANIEL Estoy ocupado. Que tenga la bondad de aguardar un minuto.

HERMANN Es que muestra empeño en hablarle en presencia de su hija.

DANIEL ¡ Ah ! (A Nora, sonriendo.) ¡ Vaya, alguna de

sus manías! No le contrariemos. (*Nora se encoge de hombros con gesto evasivo. Daniel, a Hermann.*) Que pase. (*Daniel vuelve a Nora y dice en voz baja y rápidamente:*) Ya no nos volveremos a ver antes de la salida. Acuérdate: mañana, por la noche, en la estación de Copenhague, para tomar el rápido de las ocho. ¿Comprendes?

NORA (*Estrechando su mano.*) No faltaré.

ESCENA VII

Dichos y KUANSS. Entra por la derecha, acompañado de Hermann. Es flaco, amarillo, semeja un espectro. En su rostro muerto sólo resaltan dos ojos de fakir, que brillan con resplandor extraordinario. Cúidese mucho del caracterizado de este personaje.

DANIEL (*Yendo a su encuentro.*) Buenos días, señor Kuanss. Siéntese.

KUANSS (*Permaneciendo de pie.*) Gracias. No le molestaré mucho tiempo. Tan sólo esto he de decir: Un instante de locura puede malograr la existencia de los que no han sabido resignarse con su destino. Si el mal es cruel, el remedio será aún más funesto.

DANIEL (*Muy rápido.*) ¡Señor Kuanss...! ¡Yo...!

KUANSS (*Continuando.*) De dos seres leales, puede ese instante de locura hacer dos parias. Una tremenda responsabilidad y una sanción terrible pesan sobre el acto que vas a cometer, Daniel Worke... ¡Ten cuidado!

DANIEL (*Balbuceando.*) Señor Kuanss... No comprendo...

KUANSS Sí me comprendes. Estás horriblemente pálido..., me comprendéis los dos. Vuestra angustia os traiciona.

NORA Padre...

KUANSS ¿Para qué más disimulos? Una voz que no miente ha destruído de antemano cuanto vosotros pudierais inventar... Una voz que no se equivoca me dijo esta no-

che el secreto que vosotros no habéis revelado a nadie. Mañana os debíais encontrar en Copenhague...

DANIEL Eso no es un secreto.

KUANSS ¡ Mañana pensáis huir juntos ! (Movimiento negativo de Daniel y Nora, pero Kuanss les impide hablar con autoridad imponente.) ¡ Yo lo sé... ! Estáis poseídos de un abominable delirio, y, sin temor a que vuestros amores sean malditos, habéis resuelto abandonar mañana, tú, a tu esposa, Daniel Worke, y tú, a tu padre.

NORA ¿Quién le ha dicho a usted eso?

KUANSS Alguien que desde lejos vigilá estrechamente tu conducta, hija mía. Alguien que aun se interesa por tu honor.

NORA ¿Quién es?

KUANSS Tu madre.

NORA Mi madre está muerta.

KUANSS ¿Crees que sólo los que viven pueden intervenir en nuestros actos? Esta noche tu madre ha estado en casa.

NORA (Aterrada.) ¿Usted la vió?

KUANSS Como os estoy viendo a vosotros. Ella es quien me ha advertido.

DANIEL ¡ Usted divaga ! ¡ Los muertos no vuelven !

KUANS No vuelven, es verdad. Están siempre aquí..., nos rodean, dispuestos a revelarse a los que saben evocarlos... ¡ Ah ! pero hay que saber...

DANIEL ¡ Vamos, señor Kuanss... !

KUANSS Sus apariciones se cuentan por centenares..., por millares. Mi maestro, Allan Kardec, las ha demostrado teóricamente ; Lombroso las ha materializado ; William Crookes fotografió el espectro de Katie King...

DANIEL (Interrumpiéndole, con impaciencia.) ¿Usted se figura que yo voy a creer esos cuentos del otro mundo?

KUANSS Quizás los creas algún día, Daniel Wor-

ke. Se comprende mejor lo que dicen los muertos a medida que uno se acerca a ellos... Tú estás lejos aún. Alzas con soberbia tu frente hacia el sol. ¡ Eso es propio de tu edad ! Pero yo, el viejo brujo, el espectro, yo que me inclino hacia la tumba para espiar lo que pasa en el más allá..., veo y oigo cosas..., cosas que no percibe el hombre ébrio de juventud, que no quiere y no sabe escuchar más que el palpitar de la vida... La vida ya no palpita en mí...

DANIEL — ¿ Entonces, por qué ha venido?

KUANSS — Porque a pesar de que este viejo espectro casi no pertenece ya a la tierra, aun le queda suficiente apego a las cosas de este mundo para guardar su honor y defender su hogar. He venido para conjurar una locura irreparable.

DANIEL — ¡ Bah ! Sus fantasmas le han trastornado.

KUANSS — ¿ Os atreveríais a mirarme cara a cara, y prestarme juramento de que no teníais concertado el huir juntos? (Daniel y Nora vuelven la vista.) ¿ Daniel...? ¿ Nora...? ¿ Volvéis la vista...? (Pausa.)

DANIEL — (Con dulzura, sin mirarle.) ¡ Déjenos, señor Kuanss... ! ¡ Hemos llorado..., hemos sufrido tanto !... ¡ Nos queremos !

KUANSS — Lo sé..., pero hay que renunciar. Daniel..., Nora. No os marchéis. ¡ Sería una cobardía !

DANIEL — (Bajando la cabeza.) Somos cobardes.

KUANSS — Es un crimen.

DANIEL — Queremos nuestro crimen.

KUANSS — Yo impediré que lo cometáis.

DANIEL — (Resueltamente.) No.

KUANSS — ¡ Insensatos !

DANIEL — No, señor Kuanss, usted no lo impedirá. Vuelva usted a sus tinieblas y déjenos frente a la vida..., puesto que palpita aún en nosotros.

KUANSS — ¡ Recoja desdichas quien siembre la infelicidad ! ¡ Vamos, Nora !

NORA (Resistiendo tímidamente.) Padre, no debes maldecirnos...

DANIEL Tenemos sed de felicidad. Usted ya no puede comprender eso..., usted...

KUANSS (Tomando a Nora de la mano.) ¡ Vamos, Nora !

DANIEL (Reteniéndola.) ¡ No ! ¡ No ! No se la llevará usted. ¡ Es mía ! ¡ La quiero y la guardo !

KUANSS ¡ No marcharéis !

DANIEL Sí, huiremos. Apártese de nuestro camino. El amor es más fuerte que su autoridad.

KUANSS ¿Acaso más fuerte que la muerte?

NORA ¡ Padre !

KUANSS Escucha, Nora. Ya ves que estoy tranquilo, que estoy resuelto. Lo que diga, tú sabes que lo realizaré...

NORA ¿Qué...?

KUANSS Pues bien : ¿o en este instante me juras renunciar para siempre a huir con ese hombre, o de lo contrario me mato en saliendo de aquí.

NORA ¡ No ! ¡ No ! ¡ Padre !

KUANSS Y si me quito la vida, no os libraréis por eso de mi presencia... Nora, júrame que no te irás.

DANIEL ¡ No exija usted un imposible !

NORA ¡ Padre mío ! ¡ Por Dios ! No quiero... Yo no puedo...

KUANSS ¡ Pronto, Nora ! Aguardo tu promesa.

DANIEL ¡ Nora ! ¡ Bien mío ! Piensa en que puedes malograr nuestro amor con una sola palabra. ¡ No lo jures ! ¡ Oh, calla, calla !

KUANSS ¿No contestas? Entonces, tú me condenas a muerte.

NORA (Corriendo a él.) ¡ No ! ¡ No ! Obedezco, obedezco... ¡ No me marcharé !

DANIEL (Desesperado.) ¡ Nora !

KUANSS (A Nora.) ¡ Tienes que jurarlo !

NORA ¡ Lo juro !

DANIEL ¡ Ah !

KUANSS Está bien. (Mira a Nora y a Daniel ; después, atra-

vesando lentamente la escena sin pronunciar palabra, sale por la puerta de cristales.)

ESCENA VIII

DANIEL y NORA.

DANIEL (Levantándose, después de un largo silencio, con tono de dulce reproche.) ¡Nora!

NORA ¡Se hubiera quitado la vida! Yo no podía consentirlo.

DANIEL Sea. Pero tal juramento no puede ser válido... Te lo ha arrancado a la fuerza.

NORA Sin embargo, yo lo cumpliré.

DANIEL Serás perjura respecto a mí.

NORA Pero no pesará sobre mi conciencia la muerte de mi padre.

DANIEL ¿Luego se acabó? ¿Ya no quieres seguirme?

NORA Ya no puedo.

DANIEL Te esperaré mañana en Copenhague.

NORA ¡No!

DANIEL (Suplicante.) ¡Nora!

NORA (Negando con la cabeza.) ¡No iré!

DANIEL (Cayendo sobre una silla.) ¡Ah, felicidad, felicidad que huyes! ¡Todo se malogró! ¡Ha sido el derrumbamiento de nuestra dicha!

NORA (Acercándose.) ¡Daniel! Yo haré por consolarte..., por reparar el mal que te he causado.

DANIEL (Vivamente y tomándole las manos.) ¿Serás mía?

NORA ¡No..., no me pidas eso!

DANIEL (Con gesto de desesperación.) ¿Entonces..., qué? ¿Qué quieres que sea de mí, sin esperanza de liberación, prisionero de esa mujer que me es odiosa, * que se aferra a *mí, que no me abandonaría aunque supie *ra que la engañaba, aunque le pegase...? *Esa es una muralla invencible y perpe- *tua entre nosotros dos.* ¿Qué hacer Nora, qué hacer?

NORA Esperar.

DANIEL ¿Esperar, qué? *¿No comprendes Nora, *que el tiempo es precioso, que la vida *camina inexorablemente, que la juven- *tud poco a poco se nos escapará y que *cada minuto que pasa nos roba la felici- *dad?... ¿Y quieres que me resigne a ver *nuestro amor destruído, toda nuestra *existencia malograda por la presencia de *esa intrusa, que lo comprende y no se *irá?... ¡No, no!..., que sea justo o in- *justo..., la odio, la execro y no puedo *continuar sufriéndola..., no puedo...*

NORA (Prestando oído.) ¡Chist! ¡Escucha! (Pausa. Escuchan. Oyese la campanilla de la puerta del jardín. Rumor de voces fuera.)

DANIEL ¿Eh? ¿Qué será eso?

VOCES CONFUSAS. ¡Poco a poco! ¡Con cuidado! Primero hay que advertir al doctor!...

DANIEL ¡Deben traerme algún herido!... (Se dirige a la puerta de cristales en el mismo instante en que ésta se abre bruscamente y entra Hermann con el semblante descompuesto.)

ESCENA IX

Dichos, HERMANN; luego FANNY.

HERMANN (Con voz entrecortada.) ¡Ay, señor! ¡Venga usted! ¡Venga usted pronto! ¡La desgracia llegó!

DANIEL ¿Una desgracia? ¿Qué es? ¡Habla!

HERMANN La señora..., la señora acaba de caer desde el acantilado..., y ahí la traen... sin conocimiento.

DANIEL ¡Desgraciada! ¡Una imprudencia, sin duda!

HERMANN No. No ha tenido ella la culpa. Tres pescadores de Silverdrup, han presenciado el accidente. Fué arrastrada por un bloque de peña que se desprendió súbitamente bajo sus pies. (Hermann y Daniel salen por la

puerta de cristales hablando; la puerta permanece abierta, mientras continúa el diálogo.) ¡ No se le ve la herida..., pero está como muerta !

DANIEL (Fuera de la escena.) Gracias, buena gente. Ayúdame, Hermann. Vamos a llevarla a la «chaise-longue». Reaparecen los dos conduciendo a Fanny, despeinada, con la frente manchada ligeramente de sangre y el vestido salpicado de barro. Nora, inmóvil, la contempla. A Nora.) ¿ Quiere usted cerrar la puerta ? (Nora lo hace, mientras Daniel coloca a Fanny en la «chaise-longue». La reconoce con atención. Nora permanece cerca de la puerta, ajena a lo que ocurre.)

HERMANN (¡ Pobrecita señora !... ¡ Qué lástima !)

DANIEL (Reconociendo a Fanny.) Tiene sangre en la sien...

HERMANN (Esta mañana... tan contenta que estaba con su espejo.)

DANIEL (A Hermann, rápidamente.) Prepara unas compresas de sublimado... ¡ Pronto ! (Hermann, de un salto, se acerca a un mueble, abre los cajones, y no encontrando lo que busca sale corriendo. Pausa. Daniel examina el lado izquierdo de la cabeza de Fanny.)

DANIEL (A sí mismo.) Estado de síncope..., hemiplegia parcial..., conmoción cerebral evidente... Hermann vuelve trayendo una vasija esmaltada y una servilleta. Daniel limpia la herida con trozos de gasa hidrófila. Lanza una pequeña exclamación de mal augurio.) ¡ Oh !... (A Hermann.) Dame el éter.

HERMANN Creo que ya no queda.

DANIEL (Bruscamente.) ¡ Lo hay en casa del herbolario !

HERMANN Bien, señor. (Sale precipitadamente.)

ESCENA X

DANIEL, NORA y FANNY.

(Daniel, impulsado por su instinto profesional, se absorbe en su diagnóstico, como si se tratase de cualquier otro enfermo, y parece haber olvidado por completo la

presencia de Nora, que, de pie en un rincón, contempla silenciosa esta escena.)

DANIEL Hay que operar en seguida, sin perder un minuto... Hace cuatro años, en Lariboisiere, practiqué la trepanación en un caso absolutamente idéntico... Empleando el nuevo método de Benz resultará muy sencilla..., pero hay que darse prisa. (Va al foro, ábre la vitrina y toma instrumentos de cirujía y paquetes de vendajes.) Veamos..., el trépano de palanca con lima redonda de ocho milímetros..., dos pinzas, la tijera, el macillo y la sonda... (Lo deposita todo sobre la mesa de trabajo, y en el momento en que se vuelve hacia la vitrina Nora le llama en voz baja.)

NORA (Sin moverse de donde estaba.) Daniel...

DANIEL (Que vuelve a la realidad bruscamente.) ¿Eh?... (Turbado.) ¡Ah! ¿Eres tú? Perdona..., pero... es que... (Fanny, en el mismo instante, mueve imperceptiblemente la cabeza y abre los ojos.)

NORA (Siempre en voz baja.) ¿Qué es lo que tiene?

DANIEL (Idem.) Fractura del cráneo.

NORA ¿Es grave?

DANIEL Sí.

NORA (Después de una pausa.) ¿Pero tú puedes salvarla?

DANIEL (Titubeando.) Sí... (Sus miradas se cruzan un instante.) Con tal de que la opere...

NORA ¡Ah!... ¿Y si no la operases?

DANIEL (Estremeciéndose.) ¿Por qué me preguntas eso, Nora?...

NORA Para saber...

DANIEL ¡Si no la opero..., dentro de dos horas habrá dejado de existir!

NORA ¿Sí?

DANIEL Sí.

NORA ¡Ah!

DANIEL (Con la mirada de un alucinado repite más bajo:) ¡Dentro de dos horas... habrá dejado de existir! (Se pasa la mano por la frente. Se sienta, oprimiéndola; una idea le obsesiona. Pausa.) ¿¡Qué!?

NORA Yo no he dicho nada.

DANIEL (Con voz angustiada.) ¡ Nora !...

NORA (Aterrada.) ¡ Daniel !... ¡ No !... ¡ Me das miedo ! (Nora retrocede al avanzar Daniel hacia ella. Fanny les mira.)

DANIEL ¡ Hay que hallar la felicidad... cueste lo que cueste !... ¡ Nora ! (Le coge las manos con arrebato febril.) ¡ ¡ Nora ! ! ¡ ¡ Nora ! !... (La oprime locamente entre sus brazos atrayéndola a sí, horrorizada y palpitante. Fanny, con los ojos muy abiertos, les mira siempre... con fijeza terrible, sin una palabra, sin un gesto.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

TRES MESES DESPUÉS

La misma decoración. Los muebles han sido cambiados de sitio. La "chaise-longue" ha sido reemplazada por un pequeño canapé. La puerta del foro (habitación de Fanny) aparece cerrada. Es de noche. Las maderas exteriores de la puerta de cristales también estarán cerradas y las cortinas corridas. La estufa encendida. Oyese fuera, con intermitencias, silbar el viento. A la izquierda, en una pequeña mesita, un aparato «samovar», tazas, azucarero y botellas.

ESCENA PRIMERA

HERMANN, solo.

Al levantarse el telón entra por la derecha con un esportón de astillas y una linterna. Deja ésta en el suelo y acercándose a la estufa la carga de astillas, oyéndose el crepitar que produce al encenderse.

HERMANN Alimentaré el fuego... ¡ Ea ! Ya vuelve a revivir. Así parece que uno no está tan solo. (Pequeña pausa.) El fuego es buen compañero..., y sobre todo ahuyenta los fantasmas... (Suena la campana del reloj.) Las once... Ya debían de estar aquí los señores. (Sacando una carta.) Lo dicen bien claro en la carta. «Llegaremos el lunes por la noche en el vapor de las ocho. Sin duda la travesía no habrá sido buena..., o quizás no

hayan encontrado trineo en el desembarcadero de Silverdrup. (Mientras habla va preparando el samovar y arregla algo los muebles.) ¡ Ah ! Cuánto me alegro de que su bendito viaje de novios haya terminado... Desde que se marcharon a Italia, hace dos meses, me muero de miedo. Solo, en este caserón siniestro, donde por las noches se oyen crujidos..., rumores misteriosos... y una porción de ruidos extraños. (Deteniéndose ante la puerta del fondo y bajando la voz con una especie de terror misterioso.) ¡ Y esa puerta..., esa puerta, cerrada para siempre, como la de un sepulcro !... (Respetuosamente se quita su gorra de piel. Oyese fuera el aullido prolongado y lúgubre de un perro, Hermann se estremece de espanto.) ¡ Eh !... ¿Qué... qué es eso?... (Escuchando.) Es un perro que aúlla... Sí, eso es que la muerte debe rondar por allá dentro. (En este momento llaman a la puerta de cristales, pegando en las maderas del exterior.) ¿Quién está ahí? (Va a la puerta.)

DANIEL (Fuera.) ¡ Abre, Hermann ! Somos nosotros.

HERMANN (Abriendo.) ¡ Ah ! ¡ Por fin ! ¡ Ya empezaba a inquietarme !... Bien venido, señor.

ESCENA II

HERMANN. DANIEL y NORA, con abrigos de pieles blanqueados por la nieve.

DANIEL Entra pronto, Nora. Buenas noches, Hermann.

HERMANN (Cerrando la puerta.) ¡ Brrr !... ¡ Vaya un tiempo !

DANIEL (Sacudiendo el abrigo.). Sí..., una verdadera tempestad de nieve... (A Nora). ¿No has sentido demasiado frío en el trineo?

NORA No..., pero traigo la falda completamente chupada.

DANIEL Debes cambiártela en seguida... (A Her

mann.) ¿Has preparado nuestra habitación?... ¿La de arriba?

HERMANN (Encendiendo un quinqué.) Sí, señor..., Hace días el señor Kuanss mandó la ropa de la señora... La coloqué en el ropero de la izquierda.

NORA (Tomando el quinqué.) Bueno; voy a mudarme. (A Daniel.) Vuelvo en seguida. (Sale por la derecha.)

ESCENA III

DANIEL y HERMANN.

HERMANN (Atizando el fuego.) ¡Pero acérquese usted! ¡Es muy bueno entrár en calor.

DANIEL (Distraído.) Sí... (Pausa.) ¿Recibiste todas mis cartas?

HERMANN Sí; la última esta misma mañana.

DANIEL (Inspeccionando la estancia.) ¿Por qué no has mandado usted cambiar las cortinas de esta habitación?

HERMANN Porque Schemnitz, el tapicero, murió hace quince días.

DANIEL ¡Qué contratiempo! ¿Y la «chaise-longue» la has retirado?

HERMANN Como usted ve... La subí al granero.

DANIEL Procurarás venderla.

HERMANN Está bien. (Ocupándose del «samovar».) ¿Quiere usted una taza de té?

DANIEL Bueno... (Hermann se lo sirve.) Gracias. (Pausa.) ¿No ha ocurrido nada nuevo durante mi ausencia?

HERMANN Poca cosa.

DANIEL ¿Te habrás aburrido, al encontrarte tan solo?

HERMANN He pasado algunos ratos... que yo me entiendo...

DANIEL Apostaría que has tenido miedo por las noches...

HERMANN (Gravemente.) ¡No se burle usted de mí!

¡Sus motivos ha habido para sentir miedo!... (Daniel se encoge de hombros y ríe.) Escuche usted, señor; lo que voy a decirle es la verdad... Desde que murió la señora...

DANIEL (Interrumpiéndole bruscamente con voz fuerte y alterada.) Tráeme la botella de ron! ¡Este no sabe nada!

HERMANN (Tomando una botella del velador de la izquierda.) Aquí está. (La coloca sobre la mesa frente a Daniel; éste ni siquiera se fija en ella.) Sí, desde que ocurrió la desgracia pasan aquí cosas sobrenaturales. Sepa usted, señor, que todas las noches oigo claramente...

DANIEL (Interrumpiéndole de nuevo.) Sí, oyes un armario que cruje..., el ruido del agua al caer sobre los cristales..., una bandada de ratones que corren..., esos mil ruidos naturales y lógicos. Eso es lo que oyes, Hermann. ¡Déjame tranquilo!...

HERMANN ¡No, no!... ¡Hay otra cosa..., estoy seguro de ello...!

DANIEL (Incrédulo, pero inquieto.) ¡Vamos, Hermann!

HERMANN (Señalando la puerta del foro.) ¡Y si no, ahí... en esa habitación...

DANIEL (Estremeciéndose.) ¡Eh!

HERMANN (Con voz sorda.) ¡Su habitación, de la que se mostraba tan gozosa la pobre! Todo se ha dejado en su sitio, como quedó el día de su muerte... Sus bibelots, sus muebles, sus vestidos, todo; hasta el gran espejo, por el que mostró tanta ilusión y en el que sólo pudo contemplarse una sola vez.

DANIEL (Con voz ahogada.) ¡Bueno!... ¿Y... qué?

HERMANN Pues que a pesar de que haya usted condenado la puerta, el recuerdo de la que ya no existe pasa y resplandece a su través. De nada le han servido cerrojos ni aldabones. No ha podido usted guardar ahí dentro su recuerdo.

DANIEL (Demudado.) ¡Hermann, estás loco! ¡No hay duda! ¡Tú has visto al viejo Kuanss, y sus teorías te han trastornado!

HERMANN (Con energía.) ¡ Aquí hay algo de ella, que subsiste !...

DANIEL (Conteniendo la cólera.) ¡ Vaya ! ¡ Basta ! Dame la lámpara y guárdate tus reflexiones, que a nada conducen ! (Pausa. Hermann enciende la lámpara que está sobre la vitrina. Oyese el viento que hace trepidar las maderas del exterior. Deteniéndose.) Sobre todo, ni una palabra de lo que acabamos de hablar a la señora... (Hermann no no responde. Sale Nora por la puerta de la derecha.) ¿Me has entendido, Hermann?

HERMANN (Sombrío.) ¡ Sí, señor..., he entendido !...

NORA (Deteniéndose en el umbral.) ¿Qué es lo que ocurre?

DANIEL (A Nora, con forzada jovialidad.) ¡ Nada ! ¡ Nada ! (A Hermann.) No te necesitamos ya. ¡ Puedes retirarte ! (Hermann sale, llevándose la linterna y la capa de pieles de Daniel.)

ESCENA IV

DANIEL y NORA. Daniel vuelve a pasearse con aire agitado. Pausa. Después de la salida del criado no puede remediar una exclamación de impaciencia.

DANIEL ¡ Uf ! ¡ Imbécil de viejo ! (Se pasa la mano por la frente y se dirige al sitio donde está Nora. Esta le observa.)

NORA ¿Por qué dices eso de Hermann? ¿Qué ha hecho?

DANIEL No ha hecho nada, pero es tonto, y su estupidez me molesta.

NORA Estás muy pálido.

DANIEL ¡ Te parecerá... ! En fin, no hablemos de ello...

NORA Pero Daniel... Explícame...

DANIEL Hoy es nuestra primera noche de intimidad y no debemos ocuparnos más que de nosotros... (Tomándole las manos con ternura.) Ahora..., por fin, estamos en nuestra casa, en la tuya... (Recalcando estas palabras.) ¡ En tu casa, Nora !

NORA ¿Mi casa?

DANIEL Esta noche es cuando realmente comienza nuestra unión. Hace ya años que nuestros corazones y nuestros deseos ansiaban este incomparable momento de dicha. Amor de mi vida, ven junto a mí, y recojamos nuestro espíritu, pues no debe profanarse con frivolidades vulgares la serenidad de este instante.

NORA ¡Sí, Daniel! (Daniel la atrae a sí con dulzura y ambos se sientan en el canapé ante la estufa.) Debemos saborear casi religiosamente este primer instante de soledad..., tan lleno de emoción...

DANIEL ¡Sí..., y de dulzura infinita!

NORA ¡El cielo de Nápoles era bello!... ¿Pero no crees que allí había demasiado sol, exceso de vida y sobradas canciones para dos enamorados?... Nunca nos sentimos completamente solos..., ¡puede decirse que aun no hemos sido el uno del otro!... ¡No estábamos solos!...

DANIEL Pues bien, ahora, Nora, estamos solos, muy solos, libres de toda presencia importuna... ¡Ahora ya somos el uno del otro, según tu deseo!... ¡Y nada ni nadie podrá ya separarnos!... (Cuando pronuncia estas palabras la puerta del foro empieza a abrirse lentamente sin el menor ruido.)

NORA (Apretándose contra el pecho de Daniel.) ¡Nuestro amor ha triunfado!... ¡Te amo!... ¡Soy dichosa!...

DANIEL (Abrazándola.) ¡Nora! ¡Mi Nora! ¡Esposa mía! (Beso prolongado. Pausa. La puerta del foro continúa abriéndose. De repente Nora se estremece.) ¿Qué te sucede, Nora?

NORA Nada...

DANIEL Sí, te estremeces... ¿Tienes frío?

NORA Sí, acabo de sentir algo como un soplo glacial...

DANIEL Sin embargo, todo está bien cerrado... (Deteniéndose con una sacudida de asombro a la vista

de la puerta del foro, abierta de par en par, mostrando las tinieblas impenetrables de la habitación condenada.)
¿¡ Eh !?

NORA (Volviéndose.) ¡ Ah ! (Quedan unos instantes inmóviles y silenciosos, mirando la puerta.)

DANIEL (A sí mismo.) ¡ Yo creía que esa puerta había sido condenada !...

NORA Sin duda la presión del viento la habrá abierto...

DANIEL (Muy nervioso.) ¡ Sí..., sí ! ¡ No puede haber sido más que el viento !...

NORA (Dirigiéndose hacia el foro.) Se cierra y en paz.

DANIEL (Interponiéndose.) ¡ No !... ¡ No vayas tú !... (Nora se detiene.) ¡ Quédate junto al fuego ! ¡ No te acerques !

NORA (Por la habitación.) ¡ Qué obscuro está ahí dentro !...

DANIEL (Cerrando la puerta con gesto febril.) ¡ Ahora ya no se abrirá más ! ¡ Tranquilízate !... (Volviendo a Nora.) ¿No tienes miedo?

NORA No. ¿Por qué había yo de tener miedo?

DANIEL Precisamente eso es lo que quería decir... ¿Por qué habías tú de tener miedo?

NORA (Tratando de reanudar la conversación interrumpida.) Desde el momento que estoy junto a ti... no temo a nada..., no quiero temer nada.

DANIEL ¡ Amor mío ! (La abraza. Después, apartándose para examinarla mejor, le pregunta bruscamente:) ¿ Entonces, por qué te estremeces todavía?

NORA ¿Yo?

DANIEL Sí... Ya no puede ser porque sientas frío... ¡ Por lo tanto..., es de inquietud, de terror !...

NORA Te juro...

DANIEL ¡ No, no sabes mentir !... ¡ Tus ojos reflejan la angustia !... (Nora vuelve la vista y baja la cabeza.) ¿Nora?...

NORA Hablemos de otra cosa. Te lo suplico.

DANIEL ¡ No, hablemos de esto !... ¡ Yo quiero saber !...

NORA Pero es absurdo. No se trata más que de

una circunstancia trivial, de la que no hay que deducir tristes presagios. (La puerta cruje.)

DANIEL (Bruscamente, escuchando.) ¡ Calla !

NORA ¿Qué?

DANIEL ¿Has oído?

NORA No he oído nada.

DANIEL ¡Allí!... ¡En la habitación! ¡Hay alguien que se mueve!... ¡Escucha!

NORA No oigo nada.

DANIEL ¡ Sí, sí ! ¡ Parece como que alguien anda !

NORA ¡ Es el viento que silba !

DANIEL ¡ No ! ¡ Yo lo oigo ! ¡ Te digo que lo oigo !

NORA Ven... No hay que pensar en eso. (Pausa.)

DANIEL (Con cólera, como para infundirse valor.) ¡ Bah ! ¡ Los muertos no vuelven ! ¡ Los muertos !...

NORA ¿Por qué hablas de los muertos?

DANIEL (Con voz sorda.) Porque..., porque si pudieran, como tu padre afirma, volver del más allá para hacer sufrir a los que les atormentaron, quizás no debiéramos asombrarnos de sentir entre nosotros la presencia hostil de... de *alguien*... Mañana haré tapiar esa puerta.

NORA ¡ Bastaba con cerrarla bien ! De ese modo no se hubiera abierto...

DANIEL Yo quiero que jamás pueda volver a abrirse... ¿lo entiendes? ¡ jamás ! Y nosotros, Nora, acabaremos por olvidar lo que hay detrás de esa pared...

NORA (Tratando de llevarle a la puerta de la izquierda.) ¡ Sí ! ¡ Sí ! ¡ No pienses más en ello !

DANIEL (Con voz entrecortada.) Además, nos marcharemos de aquí... Yo no quiero permanecer en este caserón siniestro... Lo venderemos..., y también todos esos muebles... Y si no encontramos comprador, por mi propia mano haré que el fuego lo destruya... Mira, iremos a vivir a casa de Samuel..., ¿sabes?..., en la plaza vieja...

NORA Lo que tú dispongas.

DANIEL Allí viviremos tranquilos, sabremos defender nuestra felicidad.

NORA ¡Ah! ¡Daniel! ¡Daniel!... ¡Mírame! ¡Tengamos el valor de mirarnos!

DANIEL ¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

NORA No es en esta pobre habitación abandonada; es aquí, en el fondo de nuestras almas, donde existe algo terrible, cuyo recuerdo es preciso borrar.

DANIEL (Después de haberla contemplado largo rato.) ¿Tú también piensas en ello? ¡Tú también estás obsesionada por ese recuerdo que te atenaza!...

NORA (Bajando la cabeza.) ¡Sí..., no me abandona! (Pausa.)

DANIEL (Con lentitud.) Nunca hablamos de ello... Lo ocultábamos mutuamente. *Cada uno *de nosotros creía que el otro lo había ol- *vidado..., y sin embargo, el recuerdo *está siempre aquí... ¡Siempre! ¡Y no *se borrará jamás!... Esta noche, sólo *por haber hollado el umbral de esa habi- *tación, la obsesión recrudece, casi se *materializa... Un fantasma parece sur- *gir entre nosotros... Después de tres *meses de perseverante silencio, nos ha *bastado mirarnos cara a cara para leer *en nuestros ojos la confesión de la an- *gustia que nos tortura...* (Pausa.) No podemos acostumbrarnos a la idea de ser unos asesinos... ¡porque... sí, somos unos asesinos!

NORA (Vivamente.) ¡No digas eso! ¡Nosotros no la matamos!

DANIEL ¡La dejamos morir, que es aun más odioso! *El gesto que mata no dura *más que un instante...; nosotros he- *mos perpetrado nuestro crimen larga- *mente..., con paciencia... Durante ho- *ras y horas espiamos con júbilo siniestro *la agonía de aquella desgraciada.*

NORA Era nuestra libertad lo que esperábamos.

DANIEL ¿Recuerdas..., tú recuerdas aquel terrible instante en que su mirada se fijó en nosotros? *¡Ah! ¡Qué desesperación..., *qué odio..., qué repugnancia en aque- *lla mirada, que acababa de penetrar el *secreto de nuestras almas cómplices!... *¡Sí, en aquel instante todo lo adivinó, *todo lo comprendió, todo lo supo... *Instintivamente retrocedimos, bajando *la cabeza..., y ella..., ella cerró los ojos *para no ver más..., como si tuviese pri- *sa por morir.* (Pausa. Ambos pensativos.) ¡Nora..., si fuese cierto que los muertos vuelven!...

NORA ¿Qué?...

DANIEL Entonces puedes tener la seguridad de que volvería para disputarte tu puesto..., para vengarse de nosotros...

NORA ¡La desafío a que lo haga!

DANIEL ¡No! ¡Nada de retos esta noche! ¡No te atrevas!

NORA ¿Por lo visto, también crees en esas historias fantásticas?...

DANIEL ¿No sientes que su maldición pesa sobre nosotros?... ¡Yo creo en su maldición! (Por segunda vez la puerta del foro se abre, lentamente, sin ruido.)

NORA ¡Daniel! ¡Daniel mío, escúchame!

DANIEL (Con una idea fija.) ¡Acuérdate de las palabras de tu padre! *Cuantas veces nos *ha dicho que estamos rodeados de una *multitud invisible que asiste silenciosa y *atenta a todos los actos de nuestra vida.

NORA *¡No, no me repitas esas palabras!

DANIEL *Esa multitud invisible influye en nos- *otros, nos observa, nos inspira, nos *aconseja, y en algunos casos hasta nos *persigue con su odio y su venganza.* (A Nora.) ¡Ay, Nora!... ¡Si ella quisiera vengarse!...

NORA (Inquieta.) ¡Calla! ¿Y cómo iba a poder?

DANIEL ¡No lo sé, pero experimento esta noche

algo anormal !... La atmósfera es deprimente, el silencio está lleno de amenazas..., la lámpara no alumbra !... A nuestro alrededor flota una angustia indefinible !...

NORA Es el cansancio..., el enervamiento del viaje.

DANIEL ¡ No..., no !... ¡ Siento que se aproxima una gran desgracia... !

NORA ¡ Cálmate, Daniel !

DANIEL (Lanzando un grito espantoso.) ¡ ¡ Ah ! ! ¡ Nora ! ¡ En esta habitación no estamos solos !

NORA ¡ Tú deliras !

DANIEL ¡ Alguien está allí !...

NORA ¡ No..., no mires !

DANIEL ¡ Alguien está allí ! ¡ Nos acecha !

NORA ¡ No te vuelvas !

DANIEL (Se vuelve, y viendo la puerta abierta lanza un grito de terror.) ¡ ¡ Ah ! !

NORA ¡ Daniel !

DANIEL (Enloquecido, se dirige a la habitación del foro.) ¿Quién está ahí?... ¿Quién está ahí?

NORA ¡ Pero si no hay nadie !

DANIEL (Idem.) ¿Qué es lo que quieres? ¿Quién eres? ¡ Responde !

NORA (Tratando de llevárselo hacia la derecha.) ¡ Nadie ha de contestarte ! ¡ Ven ! (Daniel, como si fuese atraído irresistiblemente, rechaza a Nora y se acerca hasta el umbral, lanzando un nuevo grito de espanto.) ¡ ¡ Ah ! ! ¡ La veo ! ¡ Sí, la veo !

NORA ¿A quién ves?

DANIEL ¡ A la muerta !... ¡ Está allí !

NORA ¡ Te digo que deliras !

DANIEL ¡ Mira ! ¿No la ves? ¡ Allí !

NORA ¡ No ! ¡ No veo nada !

DANIEL ¡ Nos mira !... ¡ Se acerca !... ¡ Viene hacia nosotros !... ¡ Fanny !... ¡ No..., vete ! ¡ No quiero..., no ! ¡ Vete ! (Esto al supuesto fantasma.)

NORA (Con angustia.) ¡ Daniel ! ¡ Pero si no ves a nadie !... ¡ No ves nada !

DANIEL ¡ Sí..., te digo que sí ! ¡ Allí..., de pie !

NORA ¡ Insensato ! ¡ El fantasma no está allí..., sólo existe en tu cerebro alucinado !

DANIEL ¡ Estamos perdidos !

NORA (Bruscamente coge la lámpara de la vitrina y se la ofrece a Daniel.) ¡ Convéncete por ti mismo ! Coge esta lámpara, si no eres un cobarde, y entra en esa habitación.

DANIEL (Rechazándola con terror.) ¡ Jamás ! ¡ Jamás !

NORA (Decidida.) Entonces seré yo quien va a echar al espectro. (Se precipita en la habitación del foro.)

DANIEL (Queriéndola detener.) ¡ No, no ! ¡ Nora, no vayas ! ¡ Con sangre se manchará tu cuerpo ! (No termina la frase. La luz de la lámpara que Nora llevaba en la mano se extingue súbitamente, como si alguien desde el dintel de la puerta la hubiese apagado de un soplo. Nora, llevada de su ímpetu, desaparece tragada por la obscuridad. La escena no estará iluminada más que por el resplandor rojo de la estufa. En el mismo instante óyese en el fondo de las tinieblas un batacazo formidable, el chasquido de un espejo que se rompe, un grito atroz de bestia degollada, y después el ruido sordo de un cuerpo que se desploma.)

VOZ DE NORA (Desde la habitación.) ¡ ¡ Ah ! !

DANIEL (Loco de terror.) ¡ Ah ! ¡ Nora ! ¡ Nora ! (Corre por la escena sin atreverse a entrar en la habitación.) ¡ La otra !... ¡ La otra se ha vengado !... ¡ Socorro !... ¡ Socorro !... ¡ Hermann !... ¡ A mí ! (Abre de un puñetazo la puerta de la derecha.) ¡ Hermann ! ¡ Hermann !

ESCENA V

Dichos y HERMANN.

HERMANN (Entra corriendo con una linterna.) ¿ Qué ocurre ? (Viendo la puerta abierta se dirige a Daniel, que permanece en un rincón, lívido y anhelante.) ¡ Ah ! ¡ Comprendo ! ¿ Dónde está la señora ?

DANIEL (Mostrando la obscuridad tenebrosa de la habitación.) ¡ Ha entrado ahí !

HERMANN ¡ Qué horror !

DANIEL ¡ Quizás aun sea tiempo de salvarla !... ¡ Ven !... ¡ Ven, Hermann !

HERMANN ¡ Yo... no !

DANIEL ¿ Rehusas ?

HERMANN ¡ Señor, cuando la muerte tiene su presa !... (Daniel toma la linterna y se dirige a la puerta, al mismo tiempo que aparece la silueta de Nora, arrastrándose de rodillas.)

NORA (Con voz débil.) ¡ Daniel !

DANIEL (Retrocediendo instintivamente.) ¡ Ah ! ¡ Horror ! ¡ Sangre !... ¡ Sangre !... (La luz de la linterna muestra a Nora agarrada al marco de la puerta. Aparece con los cabellos en desorden, horriblemente trágica, con una gran herida en la garganta y todo su vestido salpicado de sangre.)

NORA ¡ Tropecé... con el espejo... allí... y estoy herida !...

DANIEL (Con voz ronca.) ¡ Ah ! ¡ Estábamos malditos ! (La toma en sus brazos y la depósita sobre la mesa; después se inclina para examinar la herida.) ¡ A ver ! ¡ A ver !

NORA ¡ Daniel !... ¡ Sálvame..., me ahogo !... ¡ Daniel !...

DANIEL ¡ La arteria... cortada !...

NORA (Con un hipo de agonía.) ¡ Ah !... (Un último estremecimiento y la cabeza cae hacia atrás.)

HERMANN ¡ Se ha desvanecido !

DANIEL ¡ No, se muere ! (Moviéndola con aire extraviado.) ¡ Nora !... ¡ Nora !... ¡ Ha muerto ! (Al pronunciar esta frase la puerta del foro se cierra rápidamente, con un golpe seco. Daniel y Hermann, aterrados, la contemplan, sosteniéndose mutuamente. Fuera se oye el aullido lúgubre y prolongado de un perro.)

TELÓN MUY LENTO

FIN DEL DRAMA

Precio: 1'50 pesetas